



## No todo vale

Jordi Gual

Profesor del IESE

### ‘Volare’



La canción de Domenico Modugno en verdad no se titulaba *Volare*, sino *Nel blu dipinto di blu*. Era una canción alegre, festivalera y romántica, que fue un éxito y se versionó en todo el mundo. Era una canción de una época, finales de los cincuenta, en la que volar era algo exótico y exclusivo. Un sueño para la mayoría.

Hoy volar está al alcance de muchos bolsillos, aunque a menudo ya no sea un sueño sino más bien una pesadilla. El hacinamiento en las cabinas, los retrasos y los prolijos y desconcertantes controles de seguridad garantizan que el romanticismo ya no forme parte de la experiencia de volar. A esa larga retahíla de inconvenientes, algunos quieren que añadamos el remordimiento. El sentimiento de ser culpables de atentar contra el medio ambiente por la osadía de volar.

La crónica del reciente concierto “ecológico” de Coldplay en Barcelona es un ejemplo. Algunos espectadores procedentes de Canarias! se excusaban por desconocer la huella de carbono de su viaje. Aquel mismo día este periódico nos informaba también de la prohibición de los vuelos cortos en Francia, cuando el trayecto se pueda hacer en tren en menos de dos horas y media. Las dos noticias muestran que las políticas para reducir emisiones están sumidas en la desorientación.

El afán de concienciar a la población no se debe confundir con trasladar la responsabilidad a los ciudadanos para que, en su vida diaria, tomen decisiones para reducir las emisiones de CO<sub>2</sub>. No tienen la información necesaria para hacerlo cabalmente y lo único que se acaba provocando es frustración y ansiedad. En cuanto

**Emisiones**  
**El coste del impacto ecológico debe estar en el precio, no se puede trasladar la carga de la decisión al consumidor**

a la prohibición de vuelos cortos, el ministro francés de Transportes reconoció su carácter simbólico. Es verdad que los gestos no son inocuos. Pero también pueden ser maniobras de distracción mientras se posponen, por impopulares, las decisiones verdaderamente efectivas.

Si realmente queremos que la población tome decisiones de consumo

teniendo en cuenta las emisiones de CO<sub>2</sub>, hemos de incorporar el coste medioambiental a los precios finales. Cuando viajamos entre Barcelona y Madrid, por ejemplo, es bueno que separemos la huella de carbono del viaje en las distintas alternativas disponibles. Sin embargo, no es suficiente apelar a la buena voluntad de la ciudadanía. Puesto que los consumidores tienen un presupuesto limitado, lo único que verdaderamente reducirá el consumo no sostenible es su encarecimiento frente a alternativas más ecológicas. Una política rigurosa y efectiva para reducir emisiones ha de proporcionar los incentivos adecuados al consumidor, mediante tasas y precios finales que incluyan el coste ecológico de los distintos productos o servicios.

Esta alternativa es difícil políticamente. Pero el consumidor agradecerá que no se le traslade la responsabilidad ni se le culpabilice. El coste medioambiental debe estar en el precio. Que el consumidor pueda decidir si vuela o no, simplemente comparando comodidad y precio. |